

# Compromiso

del día 33

Leer y meditar el siguiente texto:

## *De las Memorias de Sor Lucía (Pastorcita de Fátima)*

Se aproximaba, pues, el día que el señor Párroco había fijado para que los niños de la Parroquia hiciesen su Primera Comuni3n solemne. Mi madre pens3 que ya que su hija sabía bien la doctrina y que tenía cumplidos los seis años, podría hacer la Primera Comuni3n. Para lo cual, me mand3 con mi hermana Carolina asistir a la explicaci3n de la doctrina que hacía el Párroco a los niños como preparaci3n para ese día. Allá iba, pues, radiante de alegría con la esperanza de recibir en breve, por primera vez, a mi Dios. El Párroco hacía sus explicaciones sentado sobre una silla que estaba sobre un estrado. Me llamaba junto a él y, cuando alg3n niño no sabía responder a sus preguntas, para avergonzarlo, me mandaba responder a mí.

Lleg3, pues, la víspera del gran día, y el Párroco mand3 ir a la iglesia a todos los niños por la mañana, para decir definitivamente cuáles eran los que iban a comulgar. ¡Cuál no sería mi tristeza cuando el Párroco, llamándome junto a sí, y acariciándome, me dijo que tenía que esperar hasta los siete años! Comencé entonces a llorar, y como si estuviese junto a mi madre, recliné la cabeza sobre sus rodillas, sollozando. Estaba en esta actitud, cuando entr3 en la iglesia un sacerdote, que el Párroco había mandado venir de fuera, para que le ayudase en las confesiones. El Reverendo pregunt3 el motivo de mis lágrimas, y al ser informado, me llevó a la sacristía, me examin3 con relaci3n a la doctrina y al misterio de la Eucaristía, y después me trajo de la mano hasta el señor Párroco y dijo:

– Padre Pena, V. Rvcia. puede dejar comulgar a esta pequeña. Ella entiende lo que hace, mejor que muchas de esas.

– Pero sólo tiene seis años – respondi3 el buen Párroco.

– No importa, esa responsabilidad, si V. Rvcia. quiere, la tomo yo.

– Pues bien –me dice el buen Párroco–, ve a decirle a tu madre que sí, que mañana haces tu Primera Comuni3n.





Mi alegría no tenía explicación. Me fui batiendo las palmas de alegría, corriendo todo el camino, para dar la buena noticia a mi madre, que en seguida comenzó a prepararme para llevarme a confesar por la tarde. Al llegar a la iglesia, le dije a mi madre que quería confesarme con aquel sacerdote de fuera. Él estaba confesando en la sacristía, sentado en una silla. Mi madre se arrodilló junto a la puerta, en el altar mayor, con otras mujeres que estaban esperando el turno de sus hijos. Y delante del Santísimo me fue haciendo las últimas recomendaciones.



Y cuando llegó mi turno, fui a arrodillarme a los pies de nuestro buen Dios, allí representado por su ministro, a pedir perdón por mis pecados. Cuando terminé, vi que toda la gente se reía. Mi madre me llamó y me dijo:

– Hija mía, ¿no sabes que la confesión se hace bajito, que es un secreto? Toda la gente te ha oído. Sólo al final dijiste una cosa que nadie sabe lo que fue.

En el camino a casa, mi madre hizo varias tentativas para ver si descubría lo que ella llamaba el secreto de mi confesión; pero no obtuvo más que un profundo silencio. Voy, pues, a descubrir ahora el secreto de mi primera confesión. El buen sacerdote, después que me oyó, me dijo estas breves palabras:

– Hija mía, tu alma es el Templo del Espíritu Santo. Guárdala siempre pura, para que Él pueda continuar en ella su acción divina.

Al oír estas palabras me sentí penetrada de respeto interiormente y pregunté al buen confesor cómo lo debía hacer.

–De rodillas –dijo– a los pies de Nuestra Señora, pídele con mucha confianza que tome posesión de tu corazón, que lo prepare para recibir mañana dignamente a su querido Hijo, y que lo guarde para Él solo.



Había en la iglesia más de una imagen de Nuestra Señora. Pero como mis hermanas arreglaban el altar de Nuestra Señora del Rosario, estaba acostumbrada a rezar delante de Ella, y por eso allí fui también esta vez, para pedirle con todo el ardor que fui capaz, que guardase solamente para Dios mi pobre corazón. Al repetir varias veces esta humilde súplica, con los ojos fijos en la Imagen, me parecía que Ella sonreía y que, con su mirada y gesto de bondad, me decía que sí. Quedé tan inundada de gozo, que con dificultad conseguía articular las palabras.